

ban con los mas vivos colores sus miserias, acusando á los dos gefes como autores de ellas, y suplicando á las autoridades de Panamá que metiesen la mano en el negocio despachando un buque que les sacara de aquel destierro, donde todavia podrian encontrar vivos algunos. La epístola concluía con una copla en que figuraban á los dos gefes como á dos dueños de un matadero, dedicado el uno á recoger el ganado para que lo mate el otro. Los versos, que en su tiempo estuvieron en voga entre los colonos, aunque sin mérito alguno, eran los siguientes:

Pues Señor Gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá vá el recogedor
Y acá queda el carnicero.²⁹

²⁹ Xerez, Conq. del Peru. —Balboa, Hist. du Pérou, chap. ap. Barcia, tom. III. p. 181.— 15.—Montesinos, Anales, MS. Naharro, Relacion Sumaria, MS. año 1527.

CAPITULO IV.

INDIGNACION DEL GOBERNADOR.—FIRMEZA DE PIZARRO.—CONTINUA EL VIAGE.—LISONGERO ASPECTO DE TUMBEZ.—DESCUBRIMIENTOS EN LA COSTA.—REGRESO A PANAMA.—SE EMBARCA PIZARRO PARA ESPAÑA.

1527—1528.

A poco tiempo de partido Almagro, despachó Pizarro el navio que le quedaba, con pretesto de que se carenase en Panamá. Probablemente le decidió á ello el deseo de deshacerse de algunos de sus compañeros, que por su insubordinacion y espíritu turbulento, le servian mas bien de estorbo que de ayuda en la triste situacion en que se encontraba, y lo hizo con tanto mas gusto cuanto que asi se disminuía el número de bocas, circunstancia no poco interesante en aquella isla estéril donde tan difícil era procurarse el sustento necesario.

La llegada de Almagro y sus compañeros produjo gran desaliento en Panamá, porque la carta que enviaron oculta en el ovillo de algodón llegó á manos de la persona que debía recibirla,

y pronto comenzó á correr de boca en boca su contenido, con la exageracion acostumbrada. El semblante pálido y descarnado de los aventureros era un comprobante de aquellas tristes noticias, y bastaba para desanimar á cualquiera, con lo que se hizo voz general, que los desdichados que habian sobrevivido á aquella expedicion, se veian detenidos contra su voluntad por Pizarro, y condenados á terminar con él sus dias en un islote desierto.

Iritóse tanto el gobernador Pedro de los Rios al ver el resultado de la expedicion, y la pérdida de vidas que habia ocasionado á la colonia, que se hizo sordo á las peticiones de Luque y de Almagro para que continuase prestando su apoyo á la empresa; rióse de sus doradas ilusiones del porvenir, y se decidió por último á enviar á un capitan á la isla del Gallo, con órden de traerse consigo á todos los Españoles que encontrase vivos en aquella infernal mansion. Se alistaron al punto dos buques para este efecto, y se dió el mando de ellos á un caballero cordobes, llamado Tafur.

Pizarro y sus compañeros sufrían entretanto todas las incomodidades y miserias que podian esperarse en aquel estéril peñasco á que se veian reducidos. Nada tenían que temer á la verdad de los indígenas, porque habian abandonado la isla así que la ocuparon los blancos;

mas tenían que sufrir los trabajos del hambre, mayores aun que los que antes habian pasado en los desiertos bosques del continente vecino. Su alimento principal eran los cangrejos y otros mariscos que podian hallar recorriendo la ribera. Como era el tiempo de aguas, se levantaban continuas tormentas de truenos y rayos, que pasaban sobre la triste isla y descargaban un diluvio en ella. Medios desnudos y muertos de hambre, apenas habia uno en aquella reunion de aventureros que no sintiese estinguida en su pecho la antigua aficion á las empresas y aventuras, y que no considerase su regreso á Panamá como el mas feliz desenlace que podia tener aquella malhadada expedicion. Así fué, que á la llegada de Tafur con dos buques bien abastecidos de provisiones sintieron el mismo placer que podria experimentar la tripulacion de un buque náufrago al ver llegar un socorro inesperado; y la única idea que llenaba sus cabezas, despues de satisfechas las exigencias del hambre, era el embarcarse y dejar para siempre aquella aborrecida mansion.

Pero en los mismos buques recibió Pizarro cartas de sus dos compañeros Almagro y Luque, suplicándole encarecidamente que no se desanimase en aquel apuro y se mantuviese firme en su primer propósito *aunque supiera reventar*. Volverse, le decían, en las circunstancias presen-

tes, sería renunciar para siempre á la expedición, y ellos se comprometían solemnemente, si él permanecía firme en el puesto, á proporcionarle dentro de muy poco tiempo los auxilios necesarios para llevarla adelante.¹

Bastaba este rayo de esperanza para el animoso espíritu de Pizarro, quien no se echa de ver que en ningún tiempo pensase en volver las espaldas. Si acaso lo pensó alguna vez, aquella carta de sus socios le acabó de decidir, y se preparó á correr la suerte de aquel juego en que todo lo había aventurado. Conocía sin embargo, que súplicas y argumentos servirían de poco con sus compañeros de trabajos; ni tampoco quería sin duda empeñarse mucho en convencer aquellos espíritus débiles, que volvían la vista atrás continuamente, y solo le servirían de rémora en sus futuras operaciones. Anunció por lo mismo su determinación en un tono lacónico, pero decidido, propio de un hombre acostumbrado á hacer que á hablar, y muy á propósito para mover el ánimo de sus insensibles compañeros. Sacando luego su espada, trazó con ella una línea en la arena en dirección de E. á O., y volviéndose hácia el Sur,—“Camaradas y amigos” les dijo, “de este lado están los trabajos,

¹ Xerez, Conq. del Peru, ap. 1527.—Herrera, Hist. General Barcia, tom. III, p. 182.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. 2. Relación Sumaria, MS.
—Montesinos, Anales, MS., año

el hambre, la desnudez, las lluvias, el desamparo y la muerte; de este otro el contento y el placer. Allá está el Perú con sus riquezas: aquí Panamá con su miseria. Escoja cada uno lo que mejor convenga á un buen Castellano. Por lo que á mi toca, sigo mi marcha al Sur.” Diciendo así pasó la línea.² Siguióle al punto el valiente piloto Ruiz, y luego Pedro de Candia, natural, según se ve por su nombre, de una de las islas griegas. Pasaron después otros once, manifestando así su voluntad de seguir la buena ó mala suerte de su caudillo.³ La fama, para usar de las entusiastas expresiones de un antiguo cronista, ha conservado los nombres de estos pocos “que rodeados de los mayores trabajos de que hace mención la historia, y esperan-

² “Obedeciola Pizarro y antes que se ejecutase sacó un Puñal, y con notable ánimo hizo

con la punta una raya de Oriente á Poniente; y señalando al Mediodía, que era la parte de su noticia, y derrotero dijo: Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros, y desamparos; la otra la del gusto: Por aquí se va á Panamá á ser pobres, por allá al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen Castellano lo que mas bien le estuviere. Diciendo esto pasó la raya: siguiéronle Bartholomé Ruiz natural de Morder, Pedro de Candi Griego,

natural de Candia.” Montesinos, Anales, MS., año 1527.

³ Los nombres de estos trece compañeros fieles nos han sido conservados en la capitulación hecha con la corona dos años después, en la que mereció una honrosa mención su lealtad. Sus nombres no deben quedar omitidos en una historia de la Conquista del Perú. Llamábanse: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Luce, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alcon, Garcia de Xerez, Anton de Carrion, Alonso Briceno, Martin de Paz y Juan de la Torre.

do mas bien la muerte que las riquezas, lo pospusieron todo á la honra y siguieron á su caudillo, para ejemplo de lealtad en los futuros siglos." ⁴

Aquel hecho sin embargo, no escitó tal admiracion en Tafur, quien lo miraba como una culpable desobediencia á las ordenes del gobernador, y poco menos que una locura, que infaliblemente debia de acarrear la ruina de los que tomaban parte en ella. Rehusó darle ni aun una sombra de aprobacion, con dejar uno de sus buques á los aventureros para que continuasen su viaje; y á duras penas consiguieron que partiese con ellos las provisiones que les habia traído. Estas contrariedades no pudieron hacerles variar de propósito, y despidiéndose de los compañeros que se volvian, se mantuvieron firmes en su resolucion de correr la suerte de su comandante. ⁵

Hay algo de sorprendente en el espectáculo de estos pocos hombres que con tanto valor se arrojaban á una peligrosa empresa, tan superior

⁴ "Estos fueron los trece de la fama. Estos los que cercados de los mayores trabajos que pudo el Mundo ofrecer á hombres, y los que estando mas para esperar la muerte que las riquezas que se les prometian, todo lo pospusieron á la honra, y siguieron á su capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro." Montesinos, Anales, MS., año 1527.

⁵ Zárate, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 2.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

al parecer á sus fuerzas, como cualquiera otra de que puedan hacer mencion los anales fabulosos de la caballeria andante. Un puñado de hombres, sin alimento, sin vestido, casi sin armas, sin conocimiento de la tierra en que se hallaban, y hasta sin un buque que los llevase á otra parte, se encontraban abandonados sobre una solitaria roca en medio del océano, con el único fin de llevar á cabo la conquista de un poderoso imperio, arriesgando la vida en el empeño. ¿Hay algo superior á esto en los libros de caballerias? Aquí fué donde hizo crisis la suerte de Pizarro. Hay momentos en la vida del hombre, que segun se desperdician ó se aprovechan, deciden de su suerte futura. ⁶ Si Pizarro hubiese vacilado un solo instante en su heroica resolucion, y aprovechado la coyuntura, que tan lisongera se le presentaba, de salir con su dis-

⁶ La viva imaginacion de Borté á la Fortuna, disfrazada bajo jardo halló medio de expresar esta la apariencia de la voluble hada te pensamiento tan comun con Morgana. Quizá no desagradará al lector italiano que le traiga á Rinaldo cogiendo por el copete el pasage á la memoria.

"Chi cerca in questo mondo aver tesoro,
O diletto, e piacere, honore, e stato,
Ponga la mano a questa chioma d'oro,
Ch'io porto in fronte, e lo farò beato;
Ma quando ha in destro sí fatto lavoro,
Non prenda indugio, che 'l tempo passato
Perduto è tutto, e non ritorna mai,
Ed io mi volto, e lui lascio con guai."

ORLANDO INNAMORATO, lib. 2, canto 8.

minuida tropa de aquella situacion desesperada, su nombre se habria sepultado con su fortuna en el olvido, y la conquista del Perú habria quedado guardada para otro aventurero mas dichoso. Pero su constancia era tal como se necesitaba en aquella ocasion, y su conducta hizo ver que era proporcionado al peligroso puesto que ocupaba, é inspiró á sus compañeros una confianza que era la mejor garantia del buen éxito.

En el buque en que regresó Tafur con los que quisieron seguirle, despacharon al piloto Ruiz, con el objeto de que ayudase á Almagro y á Luque en sus instancias para obtener nuevos refuerzos.

A poco de haber partido los navios, resolvió Pizarro abandonar unos cuarteles, que le ofrecian muy poco atractivo, y en donde podria ser molestado por los antiguos habitantes, si estos llegaban á cobrar ánimo para volver viendo tan disminuido el número de los blancos. Hizo, pues, construir un toscó bote ó balsa que les sirvió para trasladarse á la isla de la Gorgona, situada veinte y cinco leguas al Norte de la que de la que dejaban. Distaba cosa de cinco leguas del continente, y estaba desierta. Era sin duda preferible á la isla del Gallo, porque era mas elevada y tenia algunos bosques donde se abrigaban una especie de faisanes y las liebres ó conejos del país, de manera que los Españoles

les con sus ballestas podian procurarse alguna caza. De la roca viva brotaban limpios y frescos raudales que les proveian de agua en abundancia, si bien los aguaceros que sin cesar caian les quitaba todo temor de perecer de sed. Algo les protegian contra ellos las toscas barracas que construyeron, aunque aquí como en su antigua residencia, sufrían mucho por la multitud de insectos venenosos que brotaban por todas partes entre la maleza de aquel empapado suelo. En tan triste situacion no omitió Pizarro ningun arbitrio para reanimar el espíritu abatido de su gente. Rezaban sin falta alguna las oraciones de la mañana, y por la tarde cantaban la salve de Nuestra Señora: observaban puntualmente los dias festivos, y el gefe no perdonaba medio de dar á su empresa un carácter religioso é inspirar á sus rudos compañeros una confianza en la proteccion del cielo que fuese capaz de sostenerles en tan críticas circunstancias. ⁷

Su principal ocupacion en aquella triste soledad, era tender continuamente la vista por el anchuroso oceano, ansiando descubrir la primera señal del socorro que aguardaban. Mas ay! que muchos meses pasaron, y nada se descubria.

⁷ "Cada Mañana daban gracias á Dios: á las tardes decian la Salve, i otras Oraciones, por las Horas: sabian as Fiestas, i tenian cuenta con los Viernes, i Domingos." Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 10, cap. 3.

lio podia ya resolver el gran problema de la existencia de un rico imperio en el Sur, y preparar el camino para emprender mas adelante su conquista. Dos de sus compañeros estaban tan enfermos que se resolvió á dejarlos mientras volvia, al cuidado de algunos Indios amigos que le habian acompañado, todo aquel tiempo. Enbarcóse en seguida con el resto de su gente y los Indios tumbecinos, y alzando al punto las áncoras, dijeron adios á aquel que ellos llamaban "infierno" y que habia presenciado tan inauditos padecimientos y tan heroica determinacion.¹⁰

La esperanza henchia los corazones de todos cuando se vieron de nuevo libres sobre las aguas y conducidos por su antiguo piloto Ruiz. Este, siguiendo los consejos de los Indios, se propuso poner la proa á Tumbes para llegar de una vez al rico imperio de los Incas, á aquel El Dorado que buscaban hacia tanto tiempo. Pasaron cerca de la terrible isla del Gallo, de que tenian tantos motivos para acordarse, y continuaron apartándose de la costa hasta que doblaron la punta de Tacamez, en cuyas cercanias habian desembarcado en el viage anterior. No tocaron en ningun punto de la costa, sino que continua-

¹⁰ Xerez, Conq. del Peru, maria, MS.—Herrera, Hist. Geap. Barcia, tom. III. p. 182.—neral, dec. 3, lib. 10, cap. 4.—Montesinos, Anales, MS., año Pedro Pizarro, Descub. y Conq., 1527.—Naharro, Relacion Su- MS.

ron sin interrupcion su camino, aunque algo contrariados por las corrientes, asi como por el viento, que con pocas variaciones soplabá siempre del Sur. Por fortuna el viento era suave y el tiempo bonancible, de modo que su viage, aunque lento, no era desagradable. Dentro de pocos dias dieron vista á la punta de Pasados, término de la anterior navegacion de aquel piloto, y cortando la línea entró el pequeño buque en aquellos mares desconocidos, que ninguna quilla europea habia sureado hasta entonces. Conforme adelantaban echaban de ver que la costa iba perdiendo su elevacion y su aspecto montañoso, y al llegar á la ribera se convertia en llanuras arenosas, interrumpidas aquí y allí por verdes sembrados notablemente bellos y frondosos, al paso que las blancas cabañas que cubrian la orilla del mar, y las humaredas que se alcanzaban á ver entre las distantes colinas, eran indicios seguros de una abundante poblacion.

Por fin, á los veinte dias de su salida de la isla, dobló el buque la punta de Santa Elena, y entró en las tranquilas aguas del hermoso golfo de Guayaquil. Allí se veia toda la costa cubierta de pueblos y ciudades, apesar de que la elevada cordillera se alzaba bruscamente desde muy cerca de la orilla, y solo dejaba una angosta faja de verdura cortada de innumerables riachue-

los que despues de fertilizarla iban á precipitarse al mar

Los viajeros se encontraban ahora frente á frente de los mas encumbrados picos de aquella magestuosa cadena de montañas. El Chimborazo, con su redonda cima, descollaba sobre todas como una cúpula colosal, y el Cotopaxi asomaba su punta cónica cubierta de blanquísima nieve, que solo cede á la destructora accion del fuego que encierra en sus entrañas; porque este pico es el mas temible de los volcanes de América, y estaba en espantosa actividad hácia la época de que tratamos. Muy satisfechos los Españoles con las muestras de civilizacion que iban encontrando á cada paso, echaron por última el ancla frente á la isla de Santa Clara, que queda á la entrada de la bahia de Tumbes ¹¹

No encontraron allí habitantes; pero los Indios que llevaban consigo afirmaron ser aquel un lugar adonde acudian con frecuencia los belicosos moradores de la vecina isla de Puná, para dar culto á sus Dioses y ofrecerles sacrificios. Solo hallaron los Españoles algunas piezas de oro de varias figuras, toscamente labradas, que se-

¹¹ Segun Garcilaso pasaron dos años entre la salida de la Gorgona y la llegada á Tumbes. (Com. Real., Parte 2, lib. 1, cap. 11.) Tan groseras faltas de cronología no se ven con frecuencia ni aun en las relaciones de estos sucesos, en las cuales es tan difícil fijar con exactitud una fecha, á causa del silencio, mas bien que de las contradicciones de los testimonios contemporáneos, como si los acontecimientos hubiesen pasado antes del diluvio.

rian tal vez ofrendas hechas á la divinidad india; pero se llenaron de regocijo cuando los Indios les aseguraron, que en su ciudad de Tumbes hallarian grande abundancia de ese precioso metal.

A la mañana siguiente atravesaron la bahia para llegar á aquel pueblo. Así que se fueron acercando, descubrieron una ciudad de estension considerable con muchos edificios al parecer de mamposteria, situada en el centro de una hermosa pradera, cuya fertilidad, que contrastaba con la aridez de los alrededores, parecia deberse á un riego abundante y bien distribuido. Lejos todavia de la orilla, vió venir Pizarro hácia él varias balsas grandes, las que resultaron cargadas de guerreros que iban á una expedicion contra la isla de Puná. Poniéndose al habla con la flotilla india, convidó á algunos de los gefes á pasar á bordo de su buque. Los Peruanos miraban maravillados todo cuanto se presentaba á su vista, y lo que mas llamaba su atencion eran sus propios paisanos, que ciertamente no esperaban encontrar allí. Estos les refirieron el modo con que habian caido en manos de los extranjeros, á quienes pintaban como seres maravillosos, que no habian venido á hacer daño, sino tan solo á conocer el pais y sus habitantes. El gefe español confirmó estas noticias, y persuadió á los Indios á que volviesen en sus balsas para que contasen á los de la ciudad lo que habian

visto, pidiéndoles al mismo tiempo que le proporcionasen algunos refrescos, pues que su deseo era entrar en relaciones amistosas con los naturales.

La gente de Tumbes estaba amontonada en la ribera, y contemplaba con indecible asombro el castillo flotante, que habiendo soltado ya el ancla se mecía perezosamente sobre sus amarras en la bahía. Escuchaban pasmados las relaciones de sus paisanos, y dieron al punto parte al curaca ó gefe del distrito, quien considerando á los extranjeros como á seres de naturaleza superior, se preparó inmediatamente á satisfacer sus deseos. No pasó mucho sin que vieses venir hácia al bosque muchas balsas cargadas de plátanos, yuca, maiz, patatas, manzanas, cocos, y otros preciosos frutos del feraz valle de Tumbes. Traian tambien caza, pescado, y algunos llamas de los que ya Pizarro habia formado idea por los imperfectos dibujos de Balboa, si bien hasta entonces no habia visto ningun individuo vivo. Examinó con grande interes este curioso animal, el carnero del Perú ó el "pequeño camello de las Indias," como le llamaban los Españoles, admirando mucho en el animal la mezcla de lana y pelo de que los Indios se servian para sus artefactos.

Aconteció hallarse entonces en Tumbes un noble inca ú orejon, por que como ya hemos di-

cho, así llamaban los Españoles á los individuos de su clase, por los grandes adornos de oro que llevaban en las orejas. Manifestóse muy deseoso de ver por sus propios ojos aquellos maravillosos extranjeros, y con tal motivo se embarcó en una de sus balsas. Por su trage y por el respeto con que le trataban los demas, fácilmente se echaba de ver que era persona de distincion, por lo que Pizarro le recibió con marcada deferencia. Le enseñó las diversas partes del navío, explicándole el uso de todo aquello que llamaba su atencion, y respondiendo á sus repetidas preguntas lo mejor que podia por medio de los intérpretes indios. El gefe peruano manifestaba grande empeño en saber, de donde habian venido á aquellas costas Pizarro y sus compañeros. Respondióle el capitán español que era vasallo del monarca mas grande y poderoso del mundo y que habia venido á aquella tierra para hacer que se reconociese en ella, *como era justo*, la soberania de su señor. Venia tambien á sacar á sus habitantes de las tinieblas del error en que estaban sumidos, tributando culto al demonio que habia de arrastar sus almas á la perdicion eterna, y en su lugar les traia el conocimiento del verdadero y único Dios, Jesucristo, para que creyesen en él y se salvaran.¹²

¹² Referimos solo en com-
pendio este coloquio, que trae
largamente Herrera, Hist. Gene-
ral, dec. 3, lib. 10, cap. 4.—V.
tambien Montezinos, Anales, MS.
año 1527.—Conq. i Pob. del Pi-

El príncipe indio escuchó todo al parecer con grande atención y maravilla; pero no dió respuesta alguna. Tal vez sería por que ni él, ni sus intérpretes tenían idea distinta de estas nuevas doctrinas que se les anunciaban *ex abrupto*. Pudo suceder igualmente que no creyese que había en todo el mundo otro príncipe mas poderoso que el Inca, ó á lo menos otro que tuviese mejor derecho de gobernar aquellos dominios. Posible es tambien que no estuviese dispuesto á convenir en que el gran luminar que adoraba era inferior al Dios de los Españoles; pero cualesquiera que fuesen las ideas que revolvia aquel bárbaro en su mente inculta, no las manifestó, sino que mantuvo un discreto silencio, sin empeñarse en disputar ó en convencer á su antagonista.

Quedóse abordo del buque hasta la hora de comer, y se sentó en la mesa con los Españoles, manifestándose muy satisfecho de los estraños manjares y sobre todo del vino, que declaró ser infinitamente superior á los licores fermentados de su país. Al despedirse instó cortesmente á los Españoles para que pasasen á Tumbez, y Pizarro le despachó regalándole, entre otras cosas, una hacha de hierro que le habia causado grande admiracion, porque, como ya

ru, MS.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Relacion del Primer Descub., MS.

hemos visto, los Peruanos, lo mismo que los Mexicanos, no conocian el uso del hierro.

Al siguiente dia envió á tierra el capitán español á uno de sus soldados llamado Alonso de Molina, acompañado de un negro que habia venido de Panamá, á los que entregó un regalo para el curaca, compuesto de algunas gallinas y cerdos, ambos animales desconocidos en el Nuevo Mundo. Al caer la tarde volvieron los emisarios cargados de frutas y verduras, que los benévolos habitantes enviaban á los del buque. Molina venia contando maravillas. Apenas desembarcó, le rodearon los Indios que no hallaban como manifestar la admiracion que les causaban su trage, su barba y la blancura de su tez. Las mugeres sobre todo, se mostraban mas curiosas, y segun se vé, sus atractivos y su afabilidad sedujeron enteramente á Molina, quien tal vez daria á entender por su conducta el efecto que le causaban, puesto que le invitaron á quedarse con ellas, ofreciendo darle por muger una jóven hermosa. No les sorprendia menos el color de su compañero, y no pudiendo figurarse que fuese natural, se afanaban por quitar de su rostro la tinta que á su parecer le cubria, y como el negro lo recibia todo bien, con su natural buen humor, y se reia enseñando sus blancos dientes, se llenaban de regocijo.¹³ Tambien los ani-

13 "No se cansaban de mirarle, haciéndole labar para vér si